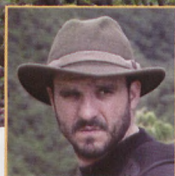


# SIERRA DE RICARDO FRANCO, LAS MONTAÑAS DE INDIANA JONES



Texto y fotos **Miguel Gutiérrez-Garitano** (\*)

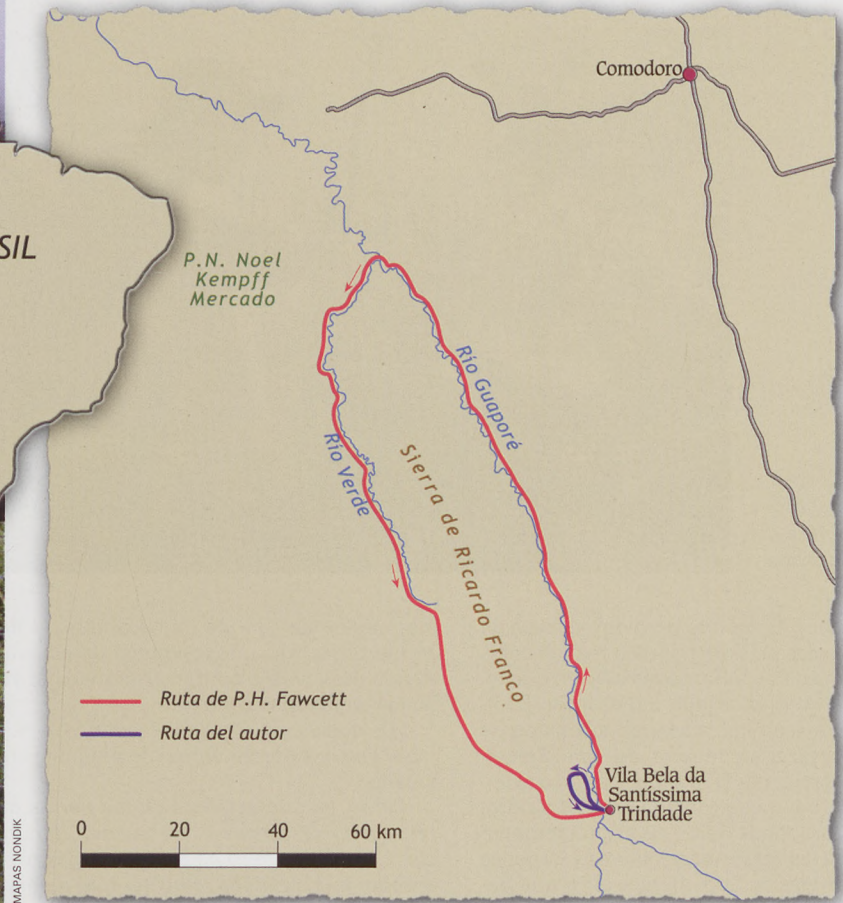
**S**ITUADAS en la frontera entre Brasil y Bolivia, las colinas de Ricardo Franco han servido de inspiración a escritores y directores cinematográficos.

Precedidas de latifundios y sin caminos de acceso, dotadas de una naturaleza salvaje y desafortunada, suponen un trekking aventurado aún en nuestros días.

(\*) **Miguel Gutiérrez-Garitano** (Galdakao, 1977). Escritor y periodista independiente, viajero y montañero. Premio de Literatura de Viajes Camino del Cid 2011 por "La aventura del Muni" (Ikusager, 2010). Premio Mikel Essery de relatos viajeros 2012 por "Viaje a los ojos de Wanda". Autor asimismo de las obras "Voces fronterizas (Psikor 2008)", "Apuntes de la Guinea" (Ikusager 2012) y "Doctor... Supongo" (Ikusager 2012). Blog: <http://exploradora.blogspot.com.es>



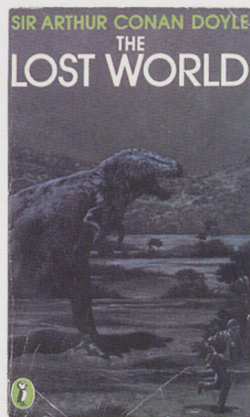




■ Los ranchos impiden el acceso directo a la cordillera

■ El creador de Sherlock Holmes se inspiró en estas montañas para "El Mundo Perdido"

■ Buscando un paso hacia la meseta superior



Quería escalar las colinas de Ricardo Franco porque en sus cimas boscosas se situaba la acción de una de mis más veneradas novelas, "El mundo perdido", de Arthur Conan Doyle, más conocido por haber creado al detective de ficción Sherlock Holmes

### Un paraje de novela

Mi empeño en ascender a los bosques de la cordillera, a la que los oriundos del lugar se referían con el venerable apelativo de "territorio del jaguar", enraizaba en razones basadas en mis querencias culturales, literarias y cinematográficas; quería escalar las colinas de Ricardo Franco porque en sus cimas boscosas se situaba la acción de una de mis más veneradas novelas, "El mundo perdido", de Arthur Conan Doyle, más conocido por haber creado al detective de ficción Sherlock Holmes. La mayoría piensa que Conan Doyle se basó, a la hora de crear el escenario de su obra, en los tepuis o mesetas selváticas del sur venezolano. Pero en realidad fueron las hirsutas moles que conforman la cordillera de Ricardo Franco las que dieron lugar al mito.

Me encontraba en Vila Bela da Santíssima Trindade, una localidad brasileña fronteriza con Bolivia llena de ruinas de tiempos de la conquista. El plan: una excursión por las montañas que se alzan al oeste del valle del río Guaporé y se extienden por Bolivia, por el distrito de Santa Cruz; mesetas boscosas que reciben el nombre de Sierra de Ricardo Franco.

Mi presencia en el pueblo brasileño era un episodio dentro de un viaje que me había llevado a descender el Amazonas en barco, cruzar en autobús toda la selva amazónica meridional, acampar en un poblado indio en el humedal infinito de "El Gran Pantanal" y perderme por las sabanas y cerrados del estado de Mato Grosso. Para entonces atesoraba mil momentos extraños, sublimes y/o curiosos, pero nada me preparaba para mi caminata por los cerros de Ricardo Franco, una meseta salvaje, de unos 1000 metros de altitud, que se extiende hacia Bolivia como un cordal parduzco y hostil.



■ El calor obliga a un leve descanso



De hecho, "El mundo perdido" se basa en las aventuras de un personaje real, el coronel británico Percy Harrison Fawcett, que en vida, fue un gran amigo del escritor. La figura de Fawcett había servido asimismo de materia prima al director de cine Steven Spielberg para dar vida al más famoso aventurero del celuloide: Indiana Jones. La sierra que me proponía visitar se erige en medio de una de las más espectaculares y vírgenes zonas salvajes de Sudamérica, el Parque Nacional Noel Kempff Mercado, que se extiende a través de todo el Departamento de Santa Cruz, en las fuentes del río Guaporé, corriente que discurre paralelo a las colinas de Ricardo Franco. Río y sierra crean una frontera sublime, entre la sabana donde se derrama el primero y el Cerrado –selva tropical- que cubre a la segunda y que está separada del valle por sucesivas y aparentemente infranqueables paredes de roca arenisca.

## Aproximación furtiva

Todavía era noche cerrada mientras caminábamos por un campo despejado y llano al que habíamos accedido tras saltarnos un cercado. Más o menos a la hora de haber comenzado nuestro paseo detecté un cierto nerviosismo en Ataide –un campesino local al que había contratado como guía-, que, a medida que avanzábamos por la oscuridad de aquel campo, se fue haciendo más evidente y contagioso.

–¿Sucede algo?–le pregunté varias veces.

Pero él evitaba toda aclaración mientras escrutaba inquieto las sombras, como si temiera que en cualquier momento se desencadenaran todos los infiernos. Y entonces escuchamos las voces y el relinchar de unos caballos. Ataide se lanzó al suelo y me apremió a que yo le imitara de inmediato. "¿Dónde me he metido?," me dije, mientras trataba de fundirme con las rocas del entorno y pasar desapercibido. Se trataba de un grupo de *pantaneiros* o vaqueros locales. Estaba muy oscuro y no pude distinguirlos bien. Eran cuatro hombres a caballo, y pasaron a unos 50 metros de nosotros, sin percatarse de nuestra presencia; no parecían peligrosos, aunque el visible terror de Ataide

me previno de salir de mi escondite. Al fin se fueron, y, tras unos minutos de espera, Ataide me invitó a continuar la marcha; yo no las tenía todas conmigo.

–¿De qué va esto? ¿Quiénes eran esos tíos y por qué nos escondemos?–le pregunté enfadado.

–Verás, es que estamos en las tierras de un rancho. Si nos ven nos pueden denunciar a la policía. Pero no hay otro lugar para acceder a la montaña, a no ser que quieras dar un rodeo de cien kilómetros.

Por su expresión era evidente que la denuncia por allanamiento era la posibilidad menos lesiva. De hecho, mi guía me conminó a "tirarte al suelo y decir que eres un turista americano" en caso de ser descubiertos. En ese momento entendí el empeño de mi compañero en que emprendiéramos viaje de noche. Por un momento sopesé volver sobre mis pasos, pero ya era tarde. Los arbustos que se abrían al pie de las montañas se me antojaron un escondite más eficaz.

## Cruzando la barrera vegetal

Una familia de primates salió a saludarnos desde las ramas más altas de los árboles. Para entonces Ataide no era más que un flan humano, tembloroso y jadeante. Hacía rato que subíamos por una cuesta abierta entre la vegetación, junto a un cercado de espino que marcaba el límite del rancho y de la civilización. La caminata había sido demasiado para mi compañero, que se plantó anunciando que no daba un paso más.

–No puedo más, me marcho –advirtió Ataide-. Para conseguir agua, y te aconsejo que lo hagas porque el sol aprieta mucho en estos lugares, debes marchar siguiendo la pared de la primera colina hacia la izquierda, hasta una pequeña quebrada donde existe un manantial. Tras la aguada debes regresar y continuar bordeando el cortado hacia la derecha, hasta que encuentres una depresión donde se suavizan las pendientes: por allí se puede alcanzar la cima de las colinas –informó.

Antes de desaparecer, Ataide me anotó su teléfono y me conminó a llamarle a cualquier hora. "En la trocha, a unos 500 metros

desde el límite del rancho, hay cobertura, no dudes en llamarme e iré a buscarte. Y no lo olvides, si te cogen eres un turista que se ha perdido". Después se deslizó torpemente pendiente abajo, a través de los matorrales que, poco a poco, se hacían más espesos e intransitables.

A medida que la cuesta se hacía más y más empinada, la vida vegetal se intrincaba y apelmazaba hasta tal punto, que para ganar tres metros me veía obligado a dar decenas de machetazos. Me costó más de una hora recorrer los cien metros que me separaban de la pared y otra más plantarme en la pequeña depresión que, según Ataide, cobijaba un torrente de agua fresca; no era así y para entonces la temperatura había subido mucho. Se barruntaba un día torrado como un averno.

Al filo del mediodía llegué al pie del paso por el que superar la pared y alcanzar la primera de las mesetas sucesivas que conforman la montaña. Estaba cansado. Había usado tanto el machete que afilarlo y volverlo a afilar se había convertido en una acción casi mecánica. El calor, aunque todavía era temprano, apretaba con la ferocidad de un horno pirolítico. Mi termómetro marcaba más de 40° C, lo cual no me preocupó, porque pensé que llevaba suficiente provisión de agua en la mochila.

## Serpientes, caídas y otros incidentes

Con todo, superar la primera barrera, subió mi maltrecha moral. Las vistas eran magníficas y la vegetación baja y rala. Tras el *vía crucis* del bosque, caminar por aquel terreno de roca y hierbas altas se me antojó un delicioso paseo, o lo hubiera sido si no llega a ser por el calor que hacía. Frente a mí se elevaba la segunda pared, tan vertical como la primera, pero menos elevada. Bajo su sombra hice el primer descanso. Comí barritas energéticas y terminé mi botella de agua.

■ Rumbo hacia la segunda pared





## Estaba cansado. Había usado tanto el machete que afilarlo y volverlo a afilar se había convertido en una acción casi mecánica. El calor, aunque todavía era temprano, apretaba con la ferocidad de un horno pirolítico

Recuerdo que, sentado en una roca, era capaz de observar los hilillos de agua que salían de mi cuerpo y recorrían la superficie de la piedra. Pero lo peor vino instantes después: estaba de pie, obnubilado, observando la pared en busca del punto débil que me permitiera abordarla, cuando sentí algo. No sé decir qué. Desde luego, no fue un sonido. Llámemosle sexto sentido. El caso es que miré hacia mis pies y la ví: una víbora *punta de lanza*—llamada *jararacá*, por los lugareños— se arrastraba rozando la bota de mi pie izquierdo.

Recuerdo que, al principio, no sentí nada, ni siquiera asombro. “No es extraño”, me dije, “este es un terreno perfecto para las serpientes, con tanta hierba alta y tanta piedra. Tu déjala que escape, no te hará daño”. Así que seguí ascendiendo. Deseché darle vueltas al asunto. No pensé en qué hubiera sucedido en caso de picadura, porque mi mente calificó tal actividad como una peligrosa vía hacia el pánico.

Durante dos horas deambulé en círculos, buscando grietas, escalones, o cualquier imperfección desde donde abordar la nueva ascensión, hasta que encontré una suerte de paso: un punto donde la roca se escalonaba y agrietaba lo suficiente como para animarme a intentarlo. Subí empotrando las manos en una grieta. Cuando distaba cuatro metros del suelo, la piedra que agarraba se rompió, así que caí.

### Presa del pánico

Baste decir que nunca había sufrido una caída como esa. El aterrizaje fue tremendo. Tras varias volteretas fui a dar con las tibias contra el filo de una piedra. Suerte tuve de no partírmelas, aunque se me quedaron las dos espinillas contusionadas. Había perdido la carne que cubre los nudillos de la mano izquierda y tenía heridas de diversa consideración en piernas, brazos, pecho y cara.

Me curé como pude y, enfadado conmigo mismo, arremetí de nuevo contra aquella pared, sin darme respiro, sin pensar... No quería dar tiempo a que llegara el sentido común y me derrotara. Y al final, mi empeñamiento dio sus frutos y alcancé la siguiente meseta. Para mi sorpresa, tampoco era la última. Primero se abría un espeso bosque hirsuto y tenebroso. Bajo los tallos asomaban las sombras que no cedían ante la acción del sol; un kilómetro más allá se levantaba el último escalón antes de llegar a la cima, que no era tal, sino una vasta extensión que se perdía en el horizonte.

Detrás, ¿quién sabe? Nadie habita en el territorio. Más allá, hacia Bolivia, se extendía el Parque Noel Kempff Mercado, 510.000 hectáreas de desierto verde. El turismo no existe, solamente cazadores furtivos, traficantes de droga y explotadores ilegales de madera—de *mara* y palmito *asai*— se aventuran en estas mesetas. No hay dinosaurios, eso es seguro, pero también es verdad que todos los años se descubre en estos escenarios vírgenes alguna especie nueva.

Vomitado por los árboles, que me trataron con un respeto inesperado, salí al encuentro de la última pared. Estaba a punto de alcanzar la gran meseta donde se guarda “El mundo perdido”. En la novela de Conan Doyle la victoria contra las paredes de Ricardo Franco, marcan el punto culminante y la justificación de toda la obra. El grupo expedicionario—compuesto por el profesor Challenger, el periodista Ed Ma-

llone, el científico Summerlee, y el aventurero Lord Roxton—vence a la barrera natural y alcanza la cima. Pero Gómez, un mestizo traidor, dinamita el único puente de acceso y los exploradores quedan atrapados en un mundo lleno de criaturas jurásicas y homínidos prehistóricos. El mensaje de la novela es claro: una vez dentro, solamente la determinación, la persistencia y el valor, garantizan un regreso indemne desde “El mundo perdido”. Por mi parte, llevaba todo el día recibiendo señales de desastre inminente. “Si sigues, no vuelves”, me decía una voz en mi interior.

### Vencido por las circunstancias

La última pared no tenía más de diez metros. A pesar de todo se me atragantó. Traté de escalarla y no pude. Sufrí otro susto a mitad de recorrido, cuando, una vez más, la roca cedió y me vi a punto de caer. Entonces sucedió algo de lo más extraño. Fue como si el casco de mi determinación se agrietara, y por la grieta entró un océano de miedo que anegó mi espíritu. Seguía en mitad de la pared cuando mi mente empezó a ser consciente de todo lo sucedido. La realidad me invadió y recordé la serpiente y la caída, y me regodeé en la tremenda soledad que, de pronto, me embargó.

Una lanza de hielo me atravesó la médula espinal dejándome en un estado de postración cercano a la parálisis. Sentí MIEDO, con mayúsculas, y estuve a punto de bloquearme. Sin embargo, y es lo único de lo que me enorgullezco de todo lo que aconteció en aquella jornada atolondrada y turulata, finalmente me sobrepuse. La grieta se cerró y el buque de mi integridad evitó el hundimiento. El MIEDO desapareció y en su lugar quedó un sereno sentido común. “Se acabó muchacho, me marchó”, decidí, y no me dio ninguna pena renunciar al mundo perdido.

■ *Descenso, entre las dos paredes*





## Con todo, "El mundo perdido"

Para entonces, además, el tremendo calor empezaba a pasarme factura. En todo el paseo no había dado con ninguna fuente de agua. Las temperaturas para entonces eran demenciales. Me palpé las orejas y la nuca y las encontré ardiendo. Temía sufrir un golpe de calor, así que monté un refugio con un toldo que llevaba en la mochila, y comí mi segunda ración de barritas del día. La ausencia de agua impedía la acampada. Tras darle algunas vueltas, opté por la escapada hacia Vila Bela. Pero antes de ponerme de nuevo en marcha disfruté de las vistas de todo el valle del río Guaporé. Las selvas daban paso a la azafranada llanura de sabana y pastos.

Las casas de Vila Bela se veían diminutas, bajo un celaje diamantino y acerado, desde el que se desencadenaba el castigo de un sol de lo más enrabietado. Fue un momento maravilloso que me llevaré conmigo a la tumba. Me sentí realizado. Tal vez siguiendo la premisa del pintor Gauguin, cuando aseguraba que "el hombre civilizado ha perdido el norte, es necesario empezar de nuevo como salvajes", me reforcé con un espectáculo que se me ofrecía en exclusiva. O tal vez no era así, ya que me acompañaban, además de la maravilla de los espacios vírgenes, el grupo de Indiana Jones, de Challenger, y también el de Fawcett; el cielo se ensombrecía tras el paso de un travieso pterodáctilo, y en la espesura se asomaban, de tanto en tanto, los guerreros de una tribu de neandertales.

Y toda la idiotez desplegada, que era mucha, encajó como un engranaje perfecto hasta llenarse de sentido. Ya no albergaba dudas de que "El mundo perdido" se tejía de retazos de la aventura que Fawcett protagonizó en la sierra que yo pisaba. Saqué el libro de la mochila y leí algunos de sus pasajes; se trataba de descripciones exactas del paisaje que me rodeaba.

## Regreso accidentado

Rememorar los pasajes de la maravillosa obra me dejó en un estado de expectación satisfecha. Así que, cuando emprendí el regreso y, por primera vez en todo el día, sabía a qué había venido y a dónde iba. Y una sensación de control me consolaba a cada paso.

La vuelta no fue fácil; sufrí algunos incidentes de escasa importancia; me costó encontrar el paso por el que había salvado la

■ *Armadillo muerto junto a la carretera*



Tal vez siguiendo la premisa del pintor Gauguin, cuando aseguraba que "el hombre civilizado ha perdido el norte, es necesario empezar de nuevo como salvajes"



■ *De nuevo en el rancho, calado de sudor*

primera pared, y después me perdí en el bosque de abajo; ambas incidencias me obligaron a hacer uso de mi GPS, que me salvó de pasar un mal rato. También padecí una última caída. No tan fuerte como la primera, pero lo suficiente como para darme un buen susto cuando el filo del machete, al caer sobre él con todo mi peso, casi me rebana el abdomen. Además perdí el afilador, lo que, una vez en el bosque, convirtió la herramienta en un trozo de hierro inútil. Debido a esto, al cabo, no pude avanzar, porque las lianas, ramas y plantas trepadoras se enredaban por doquier impidiéndome el paso. Perdí un tiempo precioso en regresar a la pared a por un pedazo de arenisca con el que recuperar el filo del arma.

Eso sí, la piedra resultó un afilador de primera clase.

Recuerdo que crucé el rancho y su campa sin hacer el mínimo esfuerzo por esconderme; encontrarme con un grupo de vaqueros, tras todo lo sucedido, se me antojaba un acontecimiento menor. De hecho, me detuve un rato a sacar fotos del lugar. A lo lejos, divisé a un hombre que se erguía sobre el alféizar de una cabaña amarilla. No sé si me vio. Es probable. El caso es que crucé la propiedad y salí a la carretera, sin más percances. Y aunque me esperaban 30 kilómetros de marcha hasta Vila Bela, sonrei de gozo. Tras de mí quedaba "El mundo perdido" de Conan Doyle, la ruta del auténtico Indiana Jones... □

## P. H. Fawcett, la historia del verdadero Indiana Jones



Percy Harrison Fawcett fue considerado "el último de los exploradores individualistas", aquellos que se aventuraban a internarse en zonas sin cartografiar con poco más que un machete, una brújula y una determinación casi divina. Esta es una fotografía de 1911, el año de su cuarta gran expedición al Amazonas.

© R. H. H. H. H.

DESDE 1908 -año en que fue contratado para establecer los límites entre Bolivia, Perú y Brasil- hasta su desaparición en Matto Grosso en 1925, P. H. Fawcett (Torquay 1867-Brasil 1925) efectuó ocho expediciones por América del Sur, partidas en las que sufrió todo tipo de percances y contratiempos. Durante agotadoras jornadas fue tiroteado, asaltado, presenciado ataques de todo tipo de animales, sobrevivió a enfermedades que diezaban a poblaciones enteras y superó obstáculos formidables que, en forma de rápidos, precipicios y tormentas, le antepusieron una y otra vez la naturaleza.

Alentado por hallazgos como el de Machu Picchu - descubierta por Hiram Bingham III en 1911- el coronel nunca cejó en su convencimiento de que las vastas junglas latinoamericanas albergaban ciudades o ruinas pertenecientes a una antigua civilización desconocida. La sospecha, que creció a lo largo de los años de modo exponencial, finalmente se convirtió en obsesión y esta desembocó en una expedición que terminó en desastre: en compañía de su hijo primogénito Jack Fawcett -que a la

sazón acababa de cumplir dieciocho años- y del mejor amigo de este, Raleigh Rimmel, se lanzó a la búsqueda de la supuesta ciudad perdida -a la que llamó Z- por las regiones limítrofes al río Xingú.

Nunca se les volvió a ver con vida. Pero el asunto, dada la fama que para entonces detentaba Fawcett, no pasó desapercibido. Rotativos de todo el mundo se hicieron eco de la desaparición de los aventureros; Fawcett se convirtió en una figura de leyenda, un mito evanescente que regresaba de tanto en tanto a la palestra. Tal vez la más meritoria de las exploraciones del inglés fue la de 1908; ese año recorrió el río verde cartografiando su curso hasta sus fuentes. Al regreso, facturado en las peores condiciones y al borde de una muerte por inanición, la partida atravesó las colinas de Ricardo Franco. Después le relató la aventura a su amigo Arthur Conan Doyle; el resto es historia y literatura.